

Dr. EDUARDO FLORES G.

Profesor Principal de la Facultad
de Medicina

A los Nuevos Graduados

La Facultad de Medicina de nuestra gloriosa Universidad, vuelve a vestirse de gala el día de hoy; y con justo y legítimo orgullo, fiel a su misión, entrega a la sociedad un selecto grupo de gallardos médicos, como símbolo y testimonio de su incansable e imperecedera labor en bien de las juventudes ecuatorianas, justificando así cada día su calidad de Alma Mater de la cultura nacional, de motor poderoso del progreso de las ciencias y las artes, de brillante luz que borra las sombras de la ignorancia y la miseria y que enseña a los hombres a conocer sus derechos y sus deberes.

La Universidad, con inquebrantable fé en su futuro, sigue adelante con su finalidad profundamente humana: por la ciencia y la verdad hacia el bienestar del hombre. La Universidad día a día, hora tras hora, busca afanosa su engrandecimiento; recibe las juventudes para modelar su espíritu y su personalidad; se preocupa por el porvenir de ellas, labora infatigablemente en su capacitación y luego entrega el fruto de su acción abnegada y paciente; en esta forma justifica su existencia y se eleva más alto cada vez en busca de nuevos y más amplios horizontes, con la fuerza incontenible del ideal, de incontables e insatisfechas aspiraciones por un día más dichoso para los hombres y las sociedades; por esto la Universidad es y será siempre el símbolo de la grandeza de la Patria.

La Facultad de Medicina, de histórico y brillante abolengo, se angustia por no poder hacer todo lo que debe y lo que aspira; sin embargo, animada siempre por el fuego de su ideal y de su responsabilidad histórica, ha trazado una senda luminosa en el desenvolvimiento científico de nuestra Patria; maestros de ayer, maestros de hoy, siguen el derrotero trazado por las augustas figuras del pasado y con la mirada firme en el porvenir, sigue hacia la meta del perfeccionamiento. Cuanto falta por hacer; pero también, cuanto se ha hecho. Cada año, que como el día de hoy, recoge la sociedad los frutos sasonados de su siembra perseverante, podemos decir con profunda y sentida satisfacción: estamos haciendo el futuro de la nacionalidad, estamos formando la sociedad del mañana, estamos levantando las firmes columnas en las que más tarde se asentarán las grandezas del espíritu y las excelcitudes de la mente.

Vosotros que habéis acudido al llamado de la cultura, estáis en deuda con la Universidad; nada más justo, que sepáis corresponder a su entrega generosa, haciendos dignos de su prestigio y su tradición. Esta deuda no puede ser pagada en forma material: las deudas del espíritu sólo pueden ser pagadas con dádivas de alma y del corazón. Por eso la Universidad espera que al abandonar sus claustros, sigas junto a ella con vuestra acción de cultura, con vuestra integridad profesional, con vuestros puros ideales, con vuestra permanente vigilancia contra la injusticia y la miseria, para que impere el derecho y la razón y vuestra permanente defensa de su estabilidad y de su grandeza.

La ciencia sin conciencia es una ruindad del alma. La juventud sin sano ideal que aliente el espíritu es pavorosa y despreciable senectud. No basta el ser joven; es menester mantener la juventud y esto sólo se consigue manteniendo siempre vivo el fuego espiritual. Si no queréis sucumbir a la materialidad de la época actual, que todo los destruye y lo devora y que convierte al hombre en un monstruo asqueroso y temible para el bienestar de la humanidad, mantened la juventud idealista e idealizada por la ciencia y la ver-

dad. Como hombre, como profesional, como poseedores de una ciencia excelsa y buena, servíos de ella para crear y mejorar, nunca para destruir o envilecer. Nadie puede negar la grandeza de la ciencia médica; los culpables la utilizan mal o se ciegan con ella. Tened cuidado de que vuestros corazones y vuestras mentes, prendidos en la maraña de un egoísta afán de lucro personal o de triunfo luminoso y centellante, olviden el amor al prójimo y el dolor de los hombres; entonces, podréis ser famosos y adinerados profesionales, pero médicos, **NO SEREIS NUNCA.**

Profesión humanitaria, verdadero apostolado, se ha calificado al ejercicio de la medicina; pero el verdadero sentido de este humanitarismo o este apostolado, no puede seguir siendo el de antaño, ni mucho menos aquel que la sociedad egoísta y usurariamente el ha dado. El médico, como miembro de la sociedad, tiene deberes y obligaciones que cumplir y tiene derechos que exigir; por nuestra capacitación científica para aliviar el dolor y evitar la muerte, somos servidores de la sociedad, pero no podemos ni debemos ser sirvientes de ella. Tenemos obligación de servir a quien nos necesite, de prestar nuestra ayuda y poner nuestro saber al servicio de la humanidad y de la sociedad; pero también debemos exigir que se nos retribuya en forma justa y digna, de acuerdo a nuestra misión y a nuestro saber. No queremos abusar ni que la sociedad abuse de nosotros; deseamos un justo equilibrio de deberes y derechos.

Después de pocos momentos váis a ser médicos; dignificad la profesión y haceos dignos de ella. Como hombres de la universidad, como hombres cultos de la sociedad, tenéis que cumplir sus mandatos; servid con lealtad, con nobleza y, si Dios os asiste, con sabiduría. Cuando el sentido del humanitarismo falta en un miembro de la sociedad y más aun en un hombre culto y de manera preferente en un médico, los flamantes diplomas, los pergaminos que os otorgan por vuestro saber o vuestra valía, no son sino futilidades y frivolidades, mera decoración y apariencia de verdad y de virtud. Mu-

chos caminos falsos tienen las ciencias: para hallar el justo y verdadero, hay que ser humanos.

La agitación de la vida actual, la rapidez y aceleración infernal de su ritmo, altera los espíritus, ofusca la mente, daña el alma y roba el tiempo a la necesaria meditación; que perjudicial y peligroso es para la ciencia y su aplicación el afán de correr demasiado aprisa; carrera loca que fatalmente termina en un brusco y decepcionante estacionamiento. El camino de la ciencia debe ser lento y meditado. Las justas aspiraciones de comodidad y enriquecimiento, de gloria y de renombre como desquite al duro camino del aprendizaje, no deben ser recordadas ni falsamente aprovechadas para un ilusorio y fugaz encumbramiento. El afán inusitado de vivir mejor, de triunfar raudamente, siempre conducen a un resquebrajamiento de la contextura moral y a una fragilidad espiritual. No os apresuréis demasiado; el camino que tenéis por delante es largo; si lo seguís con filosofía y siempre en busca de la verdad y el bienestar de los demás, os parecerá corto y provechoso; demasiado largo y cansado, cuando vuestra íntima convicción os clame porque no habéis obrado bien, que no habéis sido lo que estabáis obligados a ser por vuestro honor y por vuestra conciencia.

La acción profesional seria y honorable, cauta y meditada, os dará más satisfacciones que amarguras y con seguridad os conducirá más pronto a la meta ansiada de vuestras aspiraciones y deseos.—Lamentable es observar que gran parte de los alumnos que egresan de las universidades, no se apropian de otros ideales que los que competen a su bienestar personal; por este afán ilusorio y perjudicial, se sitúan en un peligroso derrotero: el de la poca dignidad. Al pasar por los claustros universitarios habéis recibido no sólo cultura, sino sólida conformación moral; esta y no aquella, debe ser vuestra más constante preocupación.

Formad vuestra personalidad en los límites mas severos; mantened vuestra ciencia y vuestro saber en los justos límites de su grandeza; solo así evitaréis se-

guir por el camino del mercantilismo que deshonra y envilece, o por el del proletariado universitario, constituyendo factores negativos del resurgimiento nacional.

La Universidad se prolonga en vosotros; seguís formando parte de ella y vuestros espíritus deben palpitar al unísono de sus grandes inquietudes; por eso estáis, obligados a ser grandes y a ser nobles, y como médicos, a ser buenos. Como médicos os debéis a una entrega total; de todos vuestros afanes, de todos vuestros empeños, uno debe preocuparos siempre: el de ser cada día mejores. Acordaos de un lema que en todo momento, os dará gratas e inestimables alegrías: sed más médicos que profesionales. Alejaos de la tendencia profesionalista actual, que tanto daña a las juventudes; no podemos aceptar que sea preferible contar monedas, a contar obras buenas y horas de trabajo fecundo y creador. Oponed vuestra cordura, vuestro sano juicio y vuestra entereza espiritual a esta avalancha de visión profesional, pues os perjudicará demasiado: podrá daros talvez rapidos y sonados triunfos materiales pero os dejará en el alma un sedimento de amargura y talvez de deshonra.

Permitidme, estimados colegas y queridos amigos, que en forma emocionada, porque así lo siento al leer estas líneas en tan solemne momento de vuestra vida, que rinda un cálido homenaje a vuestras madres. En estos momentos no alcanzaríamos a comprender sus emociones y medir su felicidad; somos incapaces de hacerlo: seres privilegiados, sólo ellas pueden sentir en su corazón la intensidad de este momento. Este acto debe llenaros de santo orgullo, pues al coronar vuestra carrera habéis dejado una corona de laurel en la frente de vuestras madres; les habéis compensado de sus amarguras, sinsabores, sacrificios y desvelos. Completad vuestra obra haciendos dignos de su nobleza y de su amor. El hogar hace la Patria, y los hogares hacen las madres; cada uno de vosotros trajo a la universidad el espíritu de sacrificio y abnegación de ellas; al incorporaros al cuerpo médico de la República, ellas hacen la ofrenda a la Patria del fruto de sus más caros an-

helos. Por esto, madres ecuatorianas, la Universidad y la Patria os agradecen.

Recibid por mi vos la congratulación de la Universidad Central y en especial de la Facultad de Medicina y de mi parte con sincero y profundo afecto os digo de todo corazón: que una recta conciencia dirija todos vuestros actos, que Dios os bendiga y que el triunfo os acompañe.